

UN MES.

Madrid 6
Prov. 3 meses . . . 20

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid 60
Provincia 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL CAPITAN ARENA, por Alejandro Dumas.— Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.— Uno idem de la novela VE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.— Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

LA PUPILA SACRIFICADA.

(Conclusion).

Todas las partes acudieron al juicio. La proterva impudencia con que lord Osborn se había presentado en las anteriores sesiones promovidas por sus intrigas, y ganadas por su oro, desapareció totalmente en esta ocasión; sin embargo, sus ojos negros, sobre los cuales descollaban espesísimas cejas, lanzaban fulminantes miradas; pero las facciones feroces de su desfigurado semblante se contrajeron con una sonrisa convulsiva cada vez que se encontraban con los de su víctima, la cual colocada en frente, y cubierta con la palidez de la muerte, daba las pruebas mas evidentes de su resignación y de su inocencia. También el amigo Julio se hallaba en medio de aquel inmenso gentío refiriendo á los atentos y curiosos circunstantes con su acostumbrado aire de importancia todos los pormenores de esta historia dolorosa.

El abogado de miss Clara tuvo el primero la palabra; su discurso fué una verdadera obra maestra de elocuencia. Jamás el héroe de un drama ha arrancado de un público sensible lágrimas como este letrado. Tan grande fué la energía de sus expresiones y la fuerza del convencimiento, y tan oportunos los apóstrofes contra los verdugos de aquella víctima, cuyo desfigurado rostro y palidez mortal eran los fiscales mas terribles de la atrocidad con que se la había tratado.

Al concluir la defensa nadie creyó que un racionio tan robusto pudiera ser impugnado, y que tantas pruebas positivas del hecho pudieran ser destruidas; pero el abogado contrario no desplegó menores talentos oratorios.

Conociendo que no le era posible del mismo modo que á su colega apelar á la sensibilidad de los jueces y del público, se esforzó en pasar en claro y en hacer valer la autoridad de una sentencia, y el certificado de una persona muy calificada, cual era el célebre médico de quien se ha hecho referencia. Empero al llegar á este punto me levanté yo con el aire triunfal de un campeón que cree derribar de un soplo todos los planes de sus enemigos, y presentando el certificado que en el día anterior me había firmado el señor P..., pedí que fuera leído en público. La explosión del trueno en un día sereno no hubiera producido una impresión mas terrible.

Fué universal la indignación excitada por la lectura de aquel documento. El orgulloso lord Osborn bajó la cabeza, y su abogado exclamó: —¿Y qué hemos de hacer? parece que están jugando con nosotros; ya de este modo no es posible que se gane nuestra causa.

—¿Tiene miss Clara que añadir alguna cosa á la defensa de su abogado? añadió el presidente.

—Si señor, contestó.

Habiéndose entablado un respetuoso silencio, se levantó miss Clara y refirió con palabras sencillas, pero llenas de fuego, todo cuanto había sufrido, y luego continuó con un tono de bastante altivez:

—Se os ha dicho, señores, que yo soy loca. Un abogado acaba de agotar en mi presencia todos los recursos de su elocuencia para demostrarme que yo había perdido el uso de la razón, y yo le he escuchado con calma é indiferencia. Ese hombre que se ha atrevido á hacerse el intérprete y defensor de mis verdugos, no ha sido interrumpido por mi como debía haberlo hecho gritando: «Vd. miente; yo no soy loca.» No, señores, demasiado he sufrido, demastadas lágrimas he derramado para que pueda ya estrafiar nuevas injusticias por parte de los hombres. Cuatro años de tormentos han debido aleccionarme lo bastante. Si las lágrimas han desfigurado mis facciones hasta el punto de haber perdido toda semejanza; si la desesperación me ha coagulado la sangre en las venas, y si tantos trabajos me han hecho encanecer á la edad de veinte años; será ya tiempo que yo rompa ese mortal silencio con que se ha tenido oprimida mi alma; pues si aun se me ha dejado libertad para respirar, señores; la acusación que se me dirige por segunda vez es absurda, es infensa; vuestra conciencia no puede ser ofendida, ni vuestra justicia podrá ser corrompida. Yo no soy como se quisiera una loca peligrosa al género humano é inútil al mundo, sino una hija infeliz, indignamente vilipendiada, é injustamente condenada, que os pide justicia, y nada mas que justicia.

Un prolongado murmullo, acompañado de algunas lágrimas de los circunstantes, fué la señal de aprobación de aquella arenga sentimental. Después de algunas aclaraciones hechas por el abogado general, declaró el presidente cerrada la sesión, y se retiró el jurado á la sala de las consultas.

—Amigo mío, dijo Clara apoyándose en mi brazo, ¿le parece á vd. que yo puedo esperar un buen resultado?

—Si señora, es indudable.

No bien se había repuesto el público de la conexión producida por las últimas palabras de Clara, cuando volvió á entrar el jurado y el presidente pronunció el fallo, reducido á que miss Clara Evelina Osborn fuera puesta inmediatamente en libertad, y en posesión de todos los bienes que formaban la herencia de su difunto padre lord Osborn. De dos ángulos de la sala de las sesiones resonaron á un tiempo dos exclamaciones con acento muy diferente; proferida la una por el tío usurpador, el cual estremecido con la sentencia que acababa de oír, se levantó furioso de la silla esforzándose, aunque en vano, por articular alguna palabra en su defensa; era la otra la de la inocente Clara, la cual fuera de sí en esta ocasión, con el exceso de la alegría cayó desmayada en mis brazos.

El presidente se volvió entonces hácia el usurpador, y lo apostrofó severamente, diciéndole al despedirlo de la sala:

—Retírese vd. . . Dé vd. gracias al jurado que no le impone una pena corporal cual vd. merece; pero tema vd. la ira del cielo; Dios castigará á los parientes desnaturalizados.

Fácil será comprender la gratitud de miss Clara á tamaño beneficio, debido exclusivamente á mis esfuerzos. En su carácter noble y generoso no cabía el olvido de un servicio tan importante.

Desde aquel día fui yo su mentor, su consejero y su mayor amigo. Me encargó que completase la obra tomando sobre mi la liquidación de todas sus cuentas; y aunque era esta una tarea muy complicada, logré dejarla concluida muy en breve á toda su satisfacción. Donde brilló mas la magnanimidad de la amable Clara, fué en la asignación que hizo á su bárbaro tío de cuatro mil libras esterlinas, con la sola condición de que fijase su residencia en América; mas no llegó este hombre desesperado á disfrutar de tamaño beneficio, porque al llevarle el criado aquella obligación documentada, lo halló bañado en su propia sangre. Parece que la pérdida de aquellos bienes por cuyo logro había sacrificado el honor y la opinión, los remordimientos de su conciencia le habían inducido á abrazar el partido de quitarse la vida.

Aconsejé entonces á Clara que saliera por algun tiempo de aquella bulliciosa capital y que se retirase al campo; ella accedió con gusto á mis indicaciones; compré en su nombre una hermosísima quinta en las cercanías del bosque de Boulogne, reuní una sociedad corta, pero escogida, de la cual formaba parte el amigo Julio, y en una palabra, hice todos mis esfuerzos para que miss Clara gozase de una vida tranquila. Bajo la influencia de una existencia tan hermosa y feliz, y respirando en aquel dulce clima el aire embalsamado de la primavera, volvió muy pronto miss Clara á su primera frescura y lozanía, y yo lleno de gozo por un resultado tan brillante, que consideré como obra de mis manos, gozaba con toda amplitud de aquella interna satisfacción que procede de las buenas acciones; mas esta tranquilidad fué interrumpida de repente por una carta de mi anciana madre, que gravemente enferma, y tal vez en el lecho de la muerte, pedía con ardiente empeño abrazar por la última vez á su hijo. Varias provincias de Francia estaban en aquella época adigidas por el cólera, mas nada me detuvo para determinarme á franquear con la posible rapidez las distancias leguas que me separaban de tan caro objeto. Pasé en el acto á comunicar á Clara este proyecto, y la encontré absorta en la lectura de un libro.

—Vengo á despedirme de vd., miss Clara.

Sobrecogida con esta noticia se puso á temblar, y dejó caer el libro.

—¿A despedirse de mí? me dijo con voz turbada.

—Lea vd. esta carta y decida vd. si debo ó no hacer este viaje.

—Clara tomó la carta con sus trémulas manos, pasó la vista precipitadamente por ella, y dirigiéndome una lánguida mirada, me dijo:

—Eduardo, la súplica de una madre es cosa muy sagrada, vd. debe marcharse; pero en vez de viajar solo, llevará vd. un compañero con el cual vd. no contará.

—¿Qué es lo que vd. dice?

Clara se turbó al ver que no había sido comprendida; un ligero sonrosado, efecto de su turbación, cubrió de repente sus pálidas mejillas, y fijando sus bellísimos ojos sobre los míos, replicó con energía:

—Quiero decir que Clara que hasta hoy ha sido su amiga de vd., y su hermana, desea ser mañana su esposa, y no separarse jamás de vd. . .

—Eso es imposible, exclamé: es muy grande la distancia que media entre la encumbrada cuna y los cuantiosos bienes de Clara, y la pobreza y oscuridad de Eduardo.

—¿Y no era yo mas pobre que vd. cuando me arrancó de las manos de mis perseguidores? ¿Qué poseía yo entonces, querido Eduardo?

Quise interrumpirla; mas ella insistió decididamente en su propósito, y alargándome su ma-

no, que cubri con los mas ardientes besos, nos juramos una fe eterna; y á muy poco tiempo, y cuando ya mi madre se hallaba fuera de cuidado, se celebraron nuestras bodas con entusiasmo y júbilo: prendas seguras de nuestra futura y constante felicidad.

EL PRINCIPE CARLOS ESTUARDO,

VELGARAMENTE CONOCIDO POR EL JOVEN PRETRADUKATE.

El desgraciado destino de los Estuardos ofrece un objeto no ménos triste que interesante de meditar. Si es verdad que una gran parte de la fatalidad, que fué umbra á sus pasos, debe atribuírse á su modo de pensar y obrar, también lo es que, dejando aparte sus debilidades, su egoismo y su imprudencia, el observador imparcial se ve obligado á admitir que fueron tiempos muy difíciles de atravesar, y que su caída fué debida no ménos á las circunstancias exteriores, que á una conducta errada.

De todos los Estuardos, el mas interesante á nuestros ojos es, sin contradicción, el mártir real Carlos I. Cuando recorremos la relación de sus largos sufrimientos, nuestra piedad, nuestra simpatía, nuestro amor, se escitan alternativamente; y sentimos aumentar nuestra indignación, cuando vemos calumniar su memoria, y dar una falsa y malvada interpretación á sus pensamientos, palabras y acciones.

En su tiempo, el espíritu de partido, el ardor de la lucha, el choque de intereses encontrados, podían excusar los extravíos de una revulsiva parcialidad; pero en nuestros días, cuando la tumba encierra los últimos vástagos de aquella desgraciada familia, no se puede concebir el encarnizamiento con que ciertos escritores persiguen, despues de tantos años, la obra del odio, y revelan con sus puñales cenizas que la desgracia ha debido hacer sagradas.

Despues de Carlos I., el héroe que tenemos á nuestra vista es, sin duda alguna, de todos los Estuardos, el mas digno de interés. De tal modo se ha mezclado lo novelesco á la vida de este príncipe, ofrece tantos y tan opuestos matices su carácter, que su historia no puede dejar de cautivar la atención de los lectores de todos los países.

Las ideas mezquinas de Jacobo II apoyan el amor y disminuyen el respeto que sus desgracias podían hacerle merecer. La inercia indolente del carácter de su hijo, el anciano pretendiente, no tiene ningún derecho á nuestra simpatía. El jóven caballero, por el contrario, se recomienda á nosotros desde luego por su carácter caballeresco, su intrepidez, su conducta tan digna de un príncipe, y su belleza varonil. Desplegó tan generosa audacia cuando desembarcó por primera vez en Escocia, tanta magnanimidad para con sus enemigos vencidos, que no podemos evitar nuestro interés hácia él, ni menos desear su triunfo á medida que recorremos la relación de la empresa, aventura que á poco coloca á su padre sobre el trono de sus antepasados.

Esto no es sorprendente; es natural en el hombre colocarse del lado del mas débil, del mismo modo que favorece á un jugador con sus votos cuando la suerte se declara contra él tenazmente.

Hay pocos lectores,—á lo menos de aquellos que tienen un corazón generoso,—que no bayan deseado que los troyanos venciesen á los griegos, que Hector alcanzase una victoria sobre su arrogante adversario; pocos habrá que no hayan simpatizado con Anibal en sus gigantes esfuerzos por abogar la tiranía romana, que no hayan simpatizado con la infortunada causa de la Rosa encarnada, recorriendo los anales de las guerras civiles que trabajaron á la Inglaterra.

Así, lo repetimos, no es de admirar que un príncipe jóven, valiente y desgraciado, teniendo á su favor los derechos de la legitimidad, haciendo esfuerzos que rayan en lo prodigioso para lograr el fin de su noble ambición, y no sucumbiendo, por fin, sino por el cansancio moral de sus compañeros, haga vibrar las cuerdas

mas delicadas de nuestro corazón cuando leemos la historia de sus altos hechos, y que conocemos al mismo tiempo cuánto importaba á la felicidad del país que la casa de Hannover permaneciese en posesión del trono. La razón y el sentimiento no adoptan la misma bandera en esta lucha de dos príncipes; pero al presente, que toda posibilidad de buen éxito para los Estuardos ha desaparecido para siempre, podemos dar un libre curso á nuestras generosas simpatías, y desear, que no es posible, lo fuese.

La obra que ha escrito hace pocos años monsieur Ch. L. Klose, escocés, con el título de *Memorias del príncipe Carlos*, es de un interés grandísimo. Los hechos que en ella se refieren han sido sacados de los mejores manuscritos, y el estilo de la narración es sencillo, sin pretensiones, florido y animado. La mayor parte de las cosas que allí se encuentran, son conocidas del público, es verdad, gracias á las novelas históricas de Walter Scott; lord Mahon, por su parte, en su *Historia de Inglaterra*, ha hecho completísima justicia á este episodio tan novelesco de los anales de Inglaterra. No obstante, la nueva obra ha ocupado un lugar que nadie la disputa, y puede considerarse como una obra que fallaba. La historia de aquella memorable empresa es en sí misma una cosa tan completamente independiente, que merece ser tratada de la manera que Mr. Klose la eligió. Ha dado como introducción á su relación, un resumen lucidísimo y muy bien escrito de las aventuras de los Estuardos hasta la aparición del jóven Carlos en la escena política; ha añadido á él una breve relación de la rebelión de 1745, que tuvo lugar bajo la dirección de Jacobo III., padre de Carlos. Nos ha dado además la historia de la vida privada del jóven pretendiente, y de sus oscuras aventuras durante los cuarenta últimos años de su existencia. Pero el verdadero interés de la obra se concentra en el año 1745; y por nuestra parte, declaramos haber leído los detalles de esa *rebelión real*, casi con tanto interés como si los hechos principales no nos hubiesen sido conocidos.

Recorramos rápidamente los pasajes mas dramáticos de la aventurera y corta carrera militar de Carlos, á partir desde el momento en que resolvió, solo y sin apoyo, confiarle á la generosidad de sus partidarios escoceses. En esa época la Francia y los demas gobiernos de Europa, se alejaban y rehusaban prestar ningún socorro á ese último vástago de un linaje tronco, para ayudarle á reconquistar las posesiones de sus abuelos. Su mismo padre era opuesto á una empresa tan atrevida, y se oponía que se diese ningún paso activo sin la cooperación de la Francia, cooperación que, como saben las personas familiarizadas con la política de aquella época, no tenía el jóven Estuardo motivo alguno de esperar. Todavía hubo mas; sus parciales escoceses pensaron unánimemente en disuadirle de entrar en Escocia, declarando insensata la empresa á menos que no fuese apoyada con todas las fuerzas de la Francia. En fin, cuando, á pesar de todo, desembarcó en las Hébridas, el primer partidario de su causa que encontró, Macdonald, le suplicó primero, y en seguida casi le mandó volviere á Francia; luego el príncipe habiéndose negado á renunciar á su tentativa, el hel Macdonald desertó de su causa, rehusando sacrificar los guerreros de su clase por una causa desesperada. Mas tarde, habiendosela presentado otros partidarios, sostuvieron el mismo lenguaje con tan poco resultado; Carlos persistió en su idea, y los gefes escoceses se despidieron de él. Solo un jóven highlander, (habitante de las montañas) inflamado por la noble perseverancia y el indomable valor del príncipe, manifestó la intención de apoyar su causa.—«¿Queréis, pues, seguirme?» exclamó precipitadamente el jóven Estuardo á quien abandonaba todo el mundo.—«Lo quiero, respondió el highlander, aunque nadie mas sacase la espada por vos, yo moriré por mi príncipe.» Carlos recompensó este generoso rasgo con elogios que fueron otros tantos golpes en el corazón para los gefes que habían retrocedido. Una ardiente emulación se apoderó al punto de todas las almas; la fidelidad venció al fin, y atravesando la triple coraza del interés personal, el entusiasmo que había hecho latir un corazón

encontró eco en todos los demas. Así se formó el núcleo del ejército del caballero.

Bien pronto el arriero empezó á correr y llegó á ser rio. Gefe influente y poderoso acudieron en tropel á alistarse bajo las banderas de los Estuardos. Cope, general de las tropas reales, se bate en retirada ante este ejército improvisado. El príncipe entra en Edimburgo y ocupa el palacio de sus antepasados. ¡Oh! fué aquella una hora de orgullo para la antigua Edimburgo, la en que un Estuardo penetró dentro de sus murallas para dar á la Inglaterra un monarca escocés! Entonces se reconoció la justicia de las provisiones de Carlos, entonces se vió claramente que el auxilio extranjero hubiera engañado las simpatías, estragado celos, debilitado las afecciones del pueblo.

Si, Carlos había tenido razón, á pesar de las dudas de sus amigos, de los presentimientos de su padre; solo, sin apoyo, había entrado en Escocia, no teniendo para triunfar mas que el prestigio de una antigua y noble causa, un celo ardiente, y un bravo jóven é intrepido.

Las simpatías se atrien; el entusiasmo había producido el entusiasmo. Al presente la capital de sus antepasados estaba en su poder, toda una nación triunfaba con su triunfo. Alegres reuniones, que no se atomizaban por la rápida aproximación del enemigo, tuvieron lugar en el palacio. Un infalible presencimiento de victoria resaltaba en cada palabra, en cada mirada del régle aventurero. Su caballeresca bizarría le había ganado el corazón de las mugeres: la Escocia era suya.

A pesar de eso no dejó pasar el tiempo en diversiones frivolas; de las diversiones marchó á los combates, y se preparó animado de la mas ferviente esperanza, á medir sus fuerzas con el ejército real que se aproximaba. Por la primera vez, en Prestoupan, se encontraron las fuerzas rivales. La superioridad del número estaba de parte de los realistas, ¿pero qué puede contra el entusiasmo que anima los corazones de sus adversarios? Carlos, palpitando con un generoso ardor, y no dudando de la victoria, comunicó su seguridad á todos los suyos.

Se empeña la batalla. Los gloriosos presentimientos del príncipe se realizan; en menos de un cuarto de hora (*mirabile dictu*) es derrotado el ejército real, Carlos es vencedor. Los highlanders, con la impetuosidad de su ataque, llevan el desórden en las filas de sus enemigos, los destrozan, los dispersan. Cope huye; setecientos prisioneros quedan en manos de los vencedores. Carlos despliega entonces toda la magnanimidad de su alma: los heridos de ambos bandos son objeto de los mismos cuidados. El jóven conquistador vuelve á entrar en triunfo en la ciudad de sus mayores; es acogido en ella con las mas vivas aclamaciones; la belleza corona el valor. Pero Carlos, conservando la misma igualdad de alma, no se deja entervar por el orgullo del éxito; lejos de eso, rehusa atacar el castillo de Edimburgo, por no esponer á los habitantes de la ciudad á las represalias de la guarnición. Ni aun quiere vengarse en sus prisioneros de la muerte causada á aquellos de sus soldados que habían caído en poder del enemigo, aunque sus partidarios insistían en que, por interés de unos y otros, mantuviese, volviendo mal por mal, una conducta igual entre el gobernador y él. Un reposo glorioso sucede á sus primeros triunfos. Pero muy pronto el aumento de sus tropas le permitió penetrar en Inglaterra. Carlos no vacila; á la cabeza de un ejército de cerca de seis mil hombres, sale de Edimburgo y entra en campaña. ¡Decimos á la cabeza de un ejército! Si efectivamente hubiese sido así, acaso el éxito hubiera coronado la empresa. ¡Pero no! los gefes escoceses é irlandeses que formaban parte de este ejército eran los verdaderos gefes. Formaban el consejo de guerra del pretendiente, y por el desacuerdo de sus opiniones, impidiendo toda unidad de dirección, trajeron la ruina de la causa que sostenían. Y no es que lord Jorge Murray fuese un general inhábil, lejos de eso; pero su irresolución, su falta de ánimo en el momento mas decisivo de la campaña, hicieron desaparecer las brillantes esperanzas de su señor.

A pesar de algunas discusiones de poca importancia, marcha, sin embargo, adelante el

Ejército rebelde, que podía llegar a ser ejército real, si le favorecía la fortuna, ó mas bien la Providencia. Al fin, ocupa á Derby. No están ya mas que á unas veinticuatro leguas de Londres. El espanto se apodera de la capital: forge il ha puesto sus insensuras al abrigo en un buque anclado en el Támesis. La victoria parece ofrecerse al temerario caballero, siempre que avance para cogerla. El mismo no duda del éxito. Ya á triunfar... pero no; va á naufragar á la vista del puerto, y no serán sus enemigos los que le arrancan la victoria, serán sus propios amigos, sus mas adictos partidarios! Los gefes escoceses no se alivian á pasar mas adelante.

«El pueblo, dicen, no se ha levantado en bastante número en favor de los Estuardos; ejércitos poderosos los aguardan para destruirlos de un solo golpe. Retirándose á Escocia se puede á lo menos conservar esta provincia. Una jornada mas adelante, y todo está en peligro.» ¡Estúpido razonamiento! O entonces ó nunca debe sonar la hora de la victoria. Carlos lo conocía perfectamente:

—Retiracorder, decía, es romper nuestro talisman; yo victorioso hasta aquí, aparecería como vencedor. El mundo creerá nuestra causa perdida, y una vez creído, lo estará en efecto. Si nos supone invencibles, y éste es el prestigio que hasta ahora nos ha dado la victoria. Retiradadel aunque nó sea mas que un paso, y ya puedo disponerme á huir de mi patria.

Estos argumentos tan lógicos no hicieron impresión alguna. Los gefes no querían recibir lecciones de un joven impetuoso que no podía sino precipitarse en medio del peligro. La prudencia les convenia. Insensados, la prudencia es vuestra sentencia de muerte!

El príncipe deliraba de ira, y derramaba lágrimas de desesperación. Todo dependía de la resolución que iba á tomar el consejo de guerra. Carlos manda, —suplica, —y unos esfuerzast! La suerte está echada. Entonces brilla momentáneamente la fatal estrella de los Estuardos; parecia intervenir el mismo destino, y decir: «¡aquí, aquí, aquí, pero no mas lejos!»

Comiézase, pues, la retirada. Los soldados estaban fuera de sí. La irresistible confianza que hasta entonces habian demostrado, se habia cambiado en un sombrío desaliento. Entonces, tambien por la primera vez, Carlos no muestra ya en pública ese entusiasmo que habia dado tanta energía á los esfuerzos de los soldados. Atentiguaba con él el mal humor, y dejaba ver con su taciturnidad cuanto le repugnaba esta retirada.

En esto abrió evidentemente mal; su situación era difícil, es verdad que debió aparentar codicia de buen grado, y pedir en seguida á los gefes requiescas al ejército, para que pudiese comprender á los soldados la necesidad de la retirada. Entonces, en el curso de su arenga á las tropas debia haber dicho: —«Soldados! vuestros nobles gefes no temen por sí, sino por vosotros; á vosotros es á quienes quieren poner al abrigo del peligro; es por vosotros por quienes ordenan la retirada. Ellos no respiran sino esperanza y valor, hacen fervientes votos por el combate. ¡Oh! ¡quisiera Dios que semejante entusiasmo infundase vuestros corazones!» Luego, cuando miles de aclamaciones hubieran protestado del deseo del ejército de arriesgar la batalla, el príncipe, sacando el punto ventaja de este generoso movimiento, se hubiera vuelto hacia los gefes exclamando: —«¿Será cierto? ¡Oh!, amigos míos, veis como os engañais! vuestros soldados participan de vuestro heroico ardor; formados, pues, colocadme á su cabeza, y corramos á la victoria.»

Esta estratagema, muy disculpable, hubiera tenido á no dudarlo un éxito completo. Pero si así no hubiese sido, el príncipe no hubiera debido aparecer menos satisfecho de la retirada; hubiera debido publicar una proclama en la que dijese que miraba esta pretendida marcha retrógrada, como el camino mas seguro para llegar al triunfo. Y domitando sus sensaciones, obediéndole su fisonomía, una satisfacción mas que ordinaria hubiese debido brillar en sus facciones.

De cualquier modo que sea, si su ejército podía decaer, el país no hubiese decaído. El talisman estaba en efecto roto: en lo sucesivo se mi-

ró como perdida la causa del pretendiente. Ni habilidad, ni valor, ni aun el buen éxito pudieron hacer recobrar la ventaja perdida.

Vuelve á entrar el ejército del príncipe en Escocia. La retirada se efectúa con el mejor orden. En Falkirk, un segundo ejército real es deshecho. Todo es inútil. Por tanto el príncipe sale de su desaliento. Cada vez que se encuentra frente á sus enemigos se despierta toda su energía. Pero el gobierno inglés reconoce al fin la necesidad de medidas mas fuertes. Un Cope, un Hawley han sido batidos; ahora un miembro de la familia real, el duque de Cumberland, toma la dirección de la guerra. Los dos ejércitos se encuentran en Culloden. Todavía está el príncipe Carlos lleno de confianza y de entusiasmo. El mismo espíritu anima á la mayoría de sus tropas; se creen invencibles. Pero un fallal ataque nocturno, una sorpresa intentada que fracase, quebrantan la confianza. El ejército del príncipe, despues de haber efectuado de noche una marcha de muchas millas para ejecutar un movimiento concertado, se ve obligado al rayar el día, á volver á sus tiendas y presentar la batalla. Como debia esperarse en tales circunstancias, los escoceses son derrotados. Este combate, en el que estribaban los destinos de la Gran Bretaña, se pierde, y Carlos vuelve á ser otra vez un vagabundo sin patria.

¿Le seguiremos en su fuga llena de aventuras, á través de peligros que tienen todo el interés de un romance? ¿Le presentaremos escapando, como por milagro, de una persecucion obstinada? No; bastantes narradores de ese cuadro nos han precedido. En fin, el joven pretendiente llega á embarcarse en un buque pequeño y vuelve pobre y sin esperanza, al país del cual salió para lanzarse á una conquista que fué posible un instante. Pobre habia salido de allí, y pobre volvió á él. Entonces, á lo menos si estaba pobre de soldados y dinero, estaba rico de solicitud, de valor, de esperanza y de audacia; ahora se ha dado la batalla, y ha sido perdida; su celo se ha entibado, su valor le ha abandonado, sus esperanzas se han destruido, y ya no tiene derecho para ser audaz. Por una maldad que las exigencias de la política no pueden disculpar, la Francia encierra en la Basilla al régio aventurero que ha jugado una corona y la ha perdido. Puesto en libertad vuelve á Italia para acabar allí sin gloria una vida que tan valiente y temerariamente habia espuesto. Desgraciado en sus afecciones domesticas, busca una indemnizacion en innobles placeres. En fin, que en una especie de letargo moral; muerto para el mundo, pero lanzando todavía alguna vez relámpagos de vida.

Visitado un día por un viagero inglés, que le habló de 1745, el anciano príncipe se reanimó todavía; su ardor juvenil, su entusiasmo caballeresco, se despertaron en él, cuando se halló, por el giro de la conversacion, en medio de sus fieles montañeses, dando todavía y ganando batallas; despues, recordando de repente el terrible destino de aquellos de sus partidarios que habian muerto en el campo del honor ó en el cadalso, exhaló un débil grito de angustia y se desmayó.

Espiró en 1788, y su hermano, el cardenal de York, último vástago de los Estuardos, murió veinte años mas tarde. Así se estinguió oscuramente una raza real: imagen de esos anchos y rápidos rios que se pierden en la arena antes de llegar al Océano.

No hemos hecho mas que una rápida reseña de esta novelesca historia, y hemos suprimido los nombres mas bien que los datos; remitimos á aquellos de nuestros lectores que quieran conocerlos á la obra de Mr. Klose. Al presente, el mas fanático guelfo no podría evitar derramar una lágrima de simpatía sobre el triste destino de una familia sentenciada de tal modo por la muerte; acaso aun la joven soberana que reina hoy en la Gran Bretaña, ha pensado conmoviéndose alguna vez en ese aventurero pretendiente, cuyo triunfo hubiese arrancado á sus abuelos una corona que ella lleva con tanta gracia, dicha y magestad.

LA GRUTA DE CIRCE.

FRAGMENTO DE UNA NOVELA INÉDITA.

FANTASÍA.

I.

Hallábame á bordo de un yacht inglés que se balanceaba levemente sobre la superficie tersa del Adriático, cuyas transparentes linfas esplotadas apenas por la brisa, retrataban como incrustaciones fantásticas el velamen del buque con puntos fugitivos.

Bundiase el sol en el Occidente, cuyos poderosos rayos reverberaban en las cumbres cristalizadas de los Apeninos; al Norte los magestuosos Alpes hendían el espacio con sus testas de blanca nieve, sobre cuyos picachos aéreos descendían los vapores de la atmósfera, envolviendo sus formas en un velo rosado y tenue que transparentaba los esplendores del moribundo sol.

Venecia, esa orgullosa náyade, dominadora del golfo, despues de haberlo sido de las naciones, Venecia, ninfa reclinatora sobre la ribera del Mediterráneo, brotando voluptuosa de sus mismas aguas y flotante sobre el gran canal, con sus desiertos palacios de mármol, sus ricas escalinatas de jaspe, sus canales y sus jardines aparecía en lontananza envuelta en la vaporosa neblina, como una virgen pudorosa cubierta con sus velos de gasa vacilantes al soplo del céfiro que juguetea con sus pliegues y diseña sus hermosos contornos provocativos y voluptuosos.

¡Venecia! esa fiera república, cuyo recuerdo despierta tan tétricas ideas con su famoso *Puente de los Suspiros* y el *León de San Marcos*, rugiente y feroz en otro tiempo, hoy atargado por su misma fiebre: Venecia, cuyo solo nombre es un sombrío poema, con sus palacios de badas coronados de estatuas y galerías, cuyas formas graciosas retraban las jugueteas aguas de los solitarios canales, donde reproducen sus perfidos de pórfido, como otros tantos paisajes incrustados en un cristal movable.

Surcaban las aguas grupos de gondolas ocupadas y conducidas por jóvenes italianas disfrazadas de princesas y diosas, con sus atributos ó emblemas, y sobre las cuales alzábanse toldos de brocatel y oro rematados por gallardetes de sedilla y guirnaldas de flores. Y... ¡cosa estraña! aquellas pretendidas divindades, aquellas reinas de carnaval hacían jugar en sus tersas y delicadas manos los remos de fulgente plata, y entonaban canciones marítimas de una arrebatadora cadencia, versos llenos de entusiasmo, endechas que tenían algo de divino, como un coro de vírgenes del Paraíso ó como el acento de un ángel que se remonta al cielo.

A veces aquel torrente de armonías celestiales descendía á un tono lánguido y expresivo, esencia dulcísima en que se exalaba acaso un amor violento y mal comprimido.

Otras acompañaban aquellas canciones con arpas sonoras, cuyas cuerdas heridas por sus dedos blanquísimos y leves, resonaban gratas y armoniosas, embriagando á puro deleite.

Oíase tambien como un vago contraste aéreo el choque de los remos que herían las aguas, haciendo brotar un repliegue de rizada espuma blanquísima, y el murmurante rumor que produjeran las gondolas al romper las aguas abriendo un ancho surco de cristal fundido, cuyas inciertas faces arrojaban un brillo luminoso.

La tibia luz del crepúsculo estendida en el horizonte un tenue esplendor, rubicundo, como una pintoresca alborada que iba amortiguándose gradualmente á medida que el espirante día cedia su imperio á las sombras. Empezaban ya á lucir en el cielo los astros como diamantes cósmicos que resbalaban en las movibles ondas del Adriático.

Entretanto mi batel vogaba ya próximo al puerto, meciéndose inmolmente como un punto flotante en la inmensidad de las aguas: las gondolas, primorosamente iluminadas con luces de colores, parecían multiplicarse á medida que

